

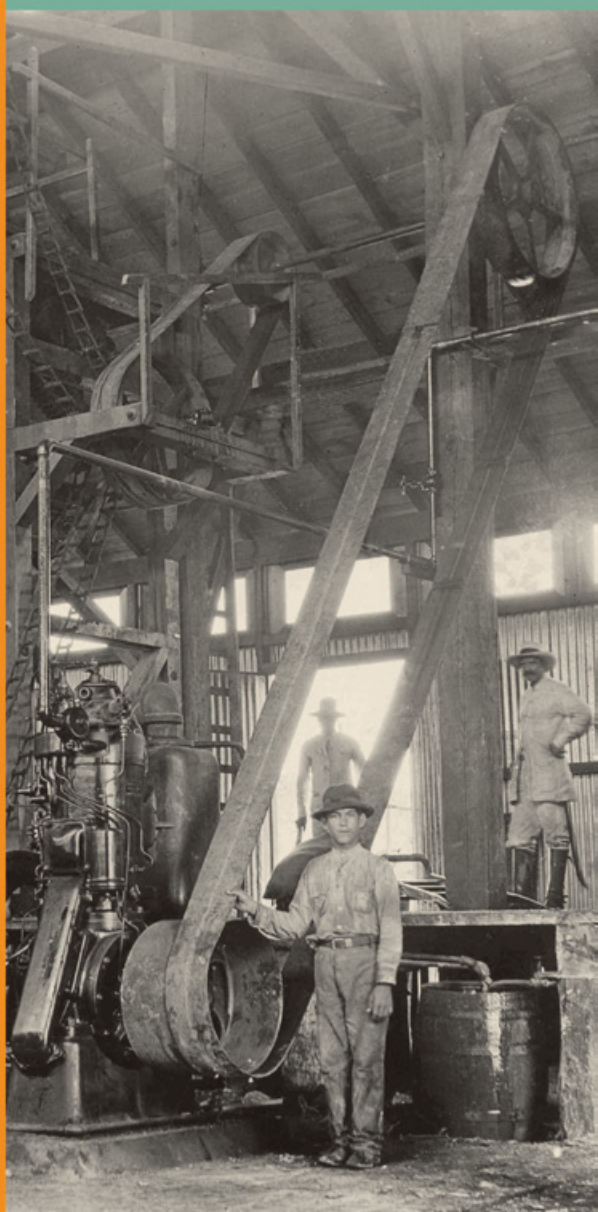
Más allá del azúcar

Política, diversificación y prácticas económicas en Cuba, 1878-1930

Editores

Antonio Santamaría García

Consuelo Naranjo Orovio



Más allá del azúcar:
política, diversificación y prácticas
económicas en Cuba, 1878-1930

Editores

Antonio Santamaría García y Consuelo Naranjo Orovio



DOCE
CALLES

SUMARIO

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	15
CAP. 1. CARA Y CRUZ DE UNA POLÍTICA COLONIAL: AZÚCAR Y POBLACIÓN EN CUBA, Consuelo Naranjo Orovio	21
CAP. 2. LA ECONOMÍA CUBANA Y LA RELACIÓN COLONIAL. ESPECIALIZACIÓN, COMPOSICIÓN Y RENTA, 1878-1898, Antonio Santamaría García	59
CAP. 3. COMERCIO EN TRANSICIÓN: PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL MERCADO CUBANO, 1885-1913, Óscar Zanetti Lecuona	95
CAP. 4. TRASVASE DE CAPITALES ANTILLANOS: AZÚCAR Y TRANSFORMACIÓN URBANA EN BARCELONA EN EL SIGLO XIX, Martín Rodrigo y Alharilla	127
CAP. 5. EMPRESAS, EMPRESARIOS E INDUSTRIAS MENORES EN CUBA (1880-1898) María Antonia Marqués Dolz	159
CAP. 6. MODERNIZACIÓN Y CAMBIO TECNOLÓGICO EN LA AGRICULTURA DE CUBA, 1878-1920, Leida Fernández Prieto	175
CAP. 7. LAS ECONOMÍAS LOCALES EN EL ORIENTE DE CUBA: CULTIVO Y EXPORTACIÓN BANANERA (1878-1895), Alejandro García Álvarez ...	219
CAP. 8. HACIA UNA DIVERSIFICACIÓN ECONÓMICA EN CUBA: PROYECTOS Y PRÁCTICAS AGRÍCOLAS (1878-1930), Mercedes Valero González	251
BIBLIOGRAFÍA	287

PRÓLOGO

Hace ya años que en el Instituto de Historia del CSIC un grupo de investigación está desarrollando estudios que han contribuido al avance de la historiografía de la isla de Cuba y del Caribe español, bajo la dirección de la doctora Consuelo Naranjo Orovio. Este esfuerzo ha producido abundantes publicaciones, sobre todo para los siglos XVIII y XIX, entre las que cabe destacar tanto algunas monografías como obras conjuntas en las que participan varios de los autores de los capítulos de este libro. *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*; *Cuba, la Perla de las Antillas*; *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, o *Visitando la isla. Temas de historia de Cuba* son algunos de los títulos coordinados desde el CSIC a veces de manera conjunta con profesores de otras instituciones como el caso del último libro, editado por Josef Opatrný, de la Universidad Carolina de Praga, y la mencionada Consuelo Naranjo Orovio.

Enmarcado en un proyecto de investigación sobre la memoria del azúcar y el papel articulador que ésta tuvo tanto en la sociedad y en la economía, como en la historiografía y en el imaginario colectivo, los trabajos nos invitan a indagar cómo el azúcar forjó unos estereotipos sociales y culturales y unos cánones historiográficos que se perpetuaron más allá de la realidad económica pujante que ésta impuso. Asimismo, las investigaciones aquí presentadas nos ofrecen una visión más diversificada y menos monolítica del país y de la sociedad, ya que el grupo azucarero no conformó un bloque homogéneo en su actuación y desenvolvimiento económico, ni tampoco en su saber científico-cultural. Sus miembros, de diferentes orígenes y tendencias, se aliaron por momentos para defender una determinada posición política o reclamar alguna reforma económica que les fuera beneficiosa a todos, pero hubo una marcada distancia entre los que conformaron la élite de este grupo, económicamente más poderosa e ideológicamente cohesionada a favor del poder colonial, y el resto.

El blanqueamiento de la población, no sólo étnico sino también cultural, fue un objetivo, a la vez que un instrumento, utilizado por las autoridades metropolitanas. Por otra parte, en este libro se indaga sobre otras actividades económicas diferentes al azúcar, y plantea los retos a los que se tuvieron que enfrentar algunos hacendados y colonos al tratar de modernizar y diversificar el agro cubano.

El presente volumen representa un gran paso adelante en que se combinan las importantes contribuciones de sus editores, Consuelo Naranjo Orovio y Antonio Santamaría García, con otras procedentes de diferentes universidades de España y Cuba: Leida Fernández Prieto, del Instituto de Historia del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, Mercedes Valero, investigadora del Museo Nacional de Historia de las Ciencias «Carlos J. Finlay», Academia de Ciencias de Cuba, Alejandro García Álvarez, de la Universidad de La Habana, al igual que la fallecida María Antonia Marqués, Óscar Zanetti Lecuona de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, y Martín Rodrigo y Alharrilla de la Universitat Pompeu Fabra.

En esta obra, además del azúcar y el tabaco, se abordan otros temas que hasta ahora han permanecido relativamente ignorados en las investigaciones sobre el siglo XIX cubano. La imagen estereotipada de la Cuba de aquella época es la de una isla cuyo centro, La Habana, estaba rodeado de inmensos ingenios propulsados por mano de obra esclava entre los que tenaces vegueros ocupaban franjas de terreno intermedias. Y mientras que España mantenía un frágil control político sobre el territorio, el comercio se orientaba hacia el norte, facilitando una verdadera dominación económica sobre la colonia española por parte de los Estados Unidos. Aunque es verdad que en la actualidad el azúcar y el tabaco, y la señorial capital de La Habana con su relación mercantil con Estados Unidos, han monopolizado los estudios socioeconómicos de la isla, la realidad histórica abarcaba mucho más. La vasta mayoría de la población no estaba directamente relacionada con estos aspectos tan fundamentales pero a la vez no del todo exclusivos a las condiciones socioeconómicas. La economía rural estaba mucho más diversificada y su vida era mucho más compleja de lo que parece a primera vista.

La variada economía heredada del siglo XVIII se encontró amenazada al perder La Habana su papel de antemural con la independencia de las colonias continentales, lo que había significado elevadas inversiones militares, la mayor parte provenientes de fuera, de las cajas de México. A esto se sumaba la extinción del astillero habanero, anteriormente el más importante del imperio para la vital tarea de construir navíos de guerra, al tiempo que la revolución azucarera imponía su régimen durante las primeras décadas del siglo XIX. Hacia

1841, la población esclava excedía a la blanca. En este contexto, la inmigración misma, fomentada por la administración colonial para promover la estabilidad política y para asegurar una sociedad más compatible con su visión de lo ideal, complicaba la dimensión social. Consciente del peligro de tal falta de equilibrio demográfico, el régimen colonial, a pesar de diferentes perspectivas políticas, a través de los años y por la influencia de diversas personalidades fomentó a lo largo del siglo una inmigración de peninsulares y canarios, estableciendo incluso una plétora de poblaciones con campesinado blanco hacia el centro y el oriente de la isla. Este blanqueamiento de la población implicaba una diversidad, tanto económica como social, que abogaba contra el monocultivo al tiempo que el azúcar llegaba a su máximo desarrollo.

A otro nivel, la variación étnica de los recursos laborales con la inclusión de trabajadores libres, tras la abolición de la trata de esclavos en 1835, conllevaba más movilidad que la que había existido hasta entonces bajo el monocultivo azucarero, enriqueciendo aún más a la sociedad cubana. Asimismo, la economía colonial, a pesar de sus fuertes enlaces con Estados Unidos, continuaba sosteniendo importantes vínculos con la madre patria.

Más allá del azúcar: política, diversificación y prácticas económicas en Cuba, 1878-1930, sin perder de vista los temas más importantes de la época, saca a relucir también los menos conocidos aspectos de la realidad cubana en los fatídicos años que cerraron la época de la dominación española abriendo paso a la influencia estadounidense. En este valioso resultado destaca el excelente trabajo, basado en los archivos locales, de la comunidad académica cubana sobre esta etapa, combinado con los esfuerzos de los investigadores del CSIC y de la Universitat Pompeu Fabra. El libro es un triunfo académico en el avance de nuestra comprensión del fascinante relato que es la historia de la isla de Cuba.

Allan J. Kuethe
Texas Tech University

INTRODUCCIÓN

Los estudios que reúne este libro son parte de investigaciones más amplias y variadas sobre la economía, la sociedad y la política cubana en el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Para los especialistas en tales temas es conocido que la Gran Antilla se especializó en ese período en la producción de azúcar para el mercado internacional y que la vida del país giró en torno a ella. Como consecuencia, los estudios históricos se han centrado tradicional y mayoritariamente en el análisis del universo azucarero y en la esclavitud, que aportó el trabajo a los ingenios hasta su abolición en 1886. Ambos temas coparon el interés de los historiadores junto a las relaciones con España y Estados Unidos por haber sido Cuba hasta 1898 colonia española, mientras sus exportaciones de dulce se concentraban en el mercado norteamericano, con el que se estableció una especial vinculación, también política, a partir del cese del dominio hispano.

En las últimas décadas, la historiografía ha comenzado a mostrar preocupaciones más amplias, al margen del azúcar en el sentido antes explicado. En Cuba se desarrollaron en el período citado actividades productivas y de servicios de diversa índole, agrícolas e industriales, generalmente vinculadas, además, con proyectos de inmigración y colonización blanca cuyo fin era poblar un territorio escasamente habitado y también contrarrestar el peso de la población de color debido al aporte de la ingente trata de africanos que llegaron para trabajar fundamentalmente en los ingenios y cañaverales.

Las referidas actividades económicas fueron en algunos casos alternativas a la producción azucarera, pero por lo general complementarias. Diversificación y colonización blanca fueron también parte de un programa reformista que en muchas ocasiones chocó con los intereses de los hacendados y de las autoridades coloniales. Mantener el poder de España en

Cuba se convirtió en una razón clave que obstaculizó cualquier alternativa política o medida que pudieran significar un perjuicio para los intereses azucareros. La alianza entre estos últimos y la metrópoli fue tan fuerte que durante gran parte del siglo XIX acalló la voz de quienes formularon otras ideas y proyectos. El miedo y las amenazas planearon por la isla reviviendo los sucesos de la vecina Saint Domingue, en la que los esclavos se sublevaron en 1791.

A la sombra del temor a rebeliones de la población de color que alterasen el *statu quo* se gestó la plantación y la sociedad esclavista que hizo posible la especialización económica de Cuba. Pese a ello, los proyectos diversificadores y reformistas nunca desaparecieron y cobraron fuerza con cada una de las crisis de las exportaciones. Junto con los frutos que ellos fueron dando, como ya hemos mencionado, y con más éxito por su carácter complementario del azúcar, se desarrollaron actividades productivas y de servicios destinadas a satisfacer las necesidades básicas de la población y de los ingenios, que ofrecieron trabajo a los inmigrantes. Algunas aprovecharon incluso la apertura del mercado insular y su vocación exportadora para vender en el exterior parte de su producto. Ambos procesos conformaron una economía y una sociedad más variada y compleja de lo que tradicionalmente se había pensado e investigado y que afortunadamente de un tiempo a esta parte ha comenzado a despertar el interés del científico.

Los trabajos que el lector encontrará tras estas palabras son una muestra de las nuevas preocupaciones de la historiografía sobre Cuba. Un estudio general, firmado por Antonio Santamaría García, ofrece una perspectiva más amplia e integral de la evolución económica insular, en la que se detalla y explica la estimación de los grandes indicadores agregados de la economía, fruto de otras investigaciones del autor, de los que hasta hace poco carecíamos. La concentración de los estudios en temas azucareros había provocado, incluso, la omisión del más acusado de sus márgenes: el impacto que tuvo la especialización en la renta, su composición y cambios a lo largo del tiempo.

Las transformaciones que durante el siglo XVIII se dieron en la economía de la isla, junto con las medidas reformistas de su administración, el crecimiento del comercio internacional y las mutaciones en los mercados de productos tropicales, que supusieron las independencias de Estados Unidos y Haití a finales de esa centuria, explican la especialización económica de la Gran Antilla. La feracidad de las tierras tropicales, el mito de fertilidad casi inagotable que se fraguó en torno a ellas ha contribuido a que hasta hace sólo unos años se desatendiese el estudio de los cambios técnicos en la agricultura,

así como del papel que el campesino tuvo en su progreso. El capítulo escrito por Leida Fernández Prieto aborda tales problemas que, además, no han afectado sólo a la investigación acerca de los llamados cultivos menores (dedicados básicamente al consumo interno), sino también a los de la caña o el tabaco, principales rubros de exportación cubana, mucho menos atendidos por la historiografía que las industrias dedicadas a su procesamiento.

El discurso reformista y diversificador cubano, y también el pensamiento y los proyectos de algunos hacendados azucareros, habían propuesto tradicionalmente la difusión de los avances tecnológicos en la agricultura a la vez que habían defendido un campesinado como centro y actor principal de los procesos productivos y de la aplicación de nuevas técnicas. Con la abolición de la esclavitud y la profunda renovación que la industria azucarera insular experimentó a finales del siglo XIX, debido a ella y a la necesidad de adaptarse a un mercado cada vez más competitivo, tales ideas cobraron un nuevo vigor y sentido. A su defensa se sumaron los dueños de ingenios y las autoridades coloniales, preocupadas por mantener el poder de España en la Cuba postesclavista. Para ambos resultaba preciso fomentar una inmigración libre y campesina –preferentemente blanca y de origen español– a partir de la que estructurar una nueva sociedad y, después de la independencia, la nueva nación. Este imaginario nacional, construido sobre esa población blanca y campesina, fue defendido sobre todo desde las esferas gubernamentales, ya que los azucareros antepusieron resolver sus problemas laborales a cualquier otra consideración y después de 1898 importaron trabajadores de las otras Antillas con los que poder realizar la zafra y abaratar sus costes salariales.

El trabajo de Consuelo Naranjo Orovio indaga en todas esas cuestiones, en la relación azúcar-población y en la política en torno a ella. La autora realiza un estudio simultáneo de las necesidades y requerimientos de la elite insular y la voluntad de la metrópoli de mantener el poder colonial en Cuba. En esta balanza, la política poblacionista y de colonización blanca fue utilizada como un arma al servicio de España. Asimismo, Consuelo Naranjo Orovio demuestra la instrumentalización que, a lo largo del siglo XIX, se hizo del «miedo al negro» y del fantasma haitiano.

Más allá del azúcar, en sus márgenes, María Antonia Marqués Dolz, historiadora inquieta cuya pérdida lamentamos y también homenajeamos en este libro, analiza en un trabajo que hemos rescatado el surgimiento, consolidación y evolución de unas industrias que se llamaron menores por comparación con las del azúcar y el tabaco, pero que satisficieron la demanda de bienes de consumo y otros insumos de estas últimas y de la población. En términos

comparados, como también están planteados los estudios de Fernández Prieto y Santamaría García, otra de las novedades de la nueva historiografía sobre Cuba es que el desarrollo de esas industrias se produjo a la par en la Gran Antilla y en varios de sus vecinos latinoamericanos y fueron muy similares a las de ellos por su composición, oferta de trabajo o generación de renta e importancia económica en general.

Entre las muchas actividades agrarias que se desarrollaron en Cuba, Mercedes Valero y Alejandro García Álvarez analizan dos de ellas. La primera autora examina el caso de la morera y de la industria sericícola asociada, que aunque no consiguió consolidarse como actividad productiva, sirve como muestra de los muchos proyectos de diversificación agro-manufacturera que se plantearon.

García Álvarez, por su parte, estudia una actividad que se concentró en una zona de Cuba donde hasta el siglo XX apenas hubo industria azucarera, la producción de banano para la exportación. En este caso se trató de una experiencia exitosa y de gran envergadura económica, aunque a escala regional, equiparable en el noroeste de la Gran Antilla a lo que el azúcar o el tabaco representaban en otras zonas y ejemplo también de actividades productivas que se dedicaron a la exportación en lugares de la isla o en determinados períodos, como la minería del cobre o del hierro o el cultivo y beneficio del café en la zona de Santiago de Cuba.

Los trabajos de Martín Rodrigo y Óscar Zanetti van también más allá del azúcar y analizan casos y problemas particulares, como los anteriores, pero trascendiendo lo meramente productivo, muestra de esa diversidad de intereses y amplitud de miras que va calando en la historiografía. Martín Rodrigo trabaja sobre la participación de capitales antillanos en la construcción del Ensanche de Barcelona, resultado de un flujo de capitales fruto de las empresas azucareras, pero también de servicios financieros y de transporte, y del tráfico de esclavos, cuyos beneficios retornaban en parte los indios enriquecidos en las colonias. Ese flujo no fue sistemáticamente unidireccional, como ha demostrado el autor en otros trabajos, sino que se rigió por criterios empresariales y de rentabilidad económica, y en ocasiones si invirtió.

El trabajo de Óscar Zanetti responde a una cuestión que tradicionalmente había apuntado la historiografía pero que carecía de un análisis exhaustivo. El comercio de exportación de España hacia Cuba no se detuvo tras la independencia, y a pesar de no contar entonces con los beneficios que les otorgaban los aranceles coloniales, muchos productos de la ex-metrópoli continuaron

INTRODUCCIÓN

teniendo un mercado en Cuba. El autor examina las diversas razones que explican ese hecho, la competitividad de tales artículos, los patrones de consumo de una población con un fuerte componente de inmigración hispana, cuyo flujo siguió, incluso con más fuerza, después de 1898.

En definitiva, el objetivo de esta obra es ofrecer una muestra variada de algunas de las novedades de la historiografía sobre Cuba. Una historiografía que, en opinión de los editores y de los autores, está inmersa en un interesante proceso de renovación que ya está dando frutos.

Consuelo Naranjo Orovio
Antonio Santamaría García

Capítulo 1

Cara y cruz de una política colonial: azúcar y población en Cuba

Consuelo Naranjo Orovio
Instituto de Historia, CCHS, CSIC

ENTRE EL MIEDO Y LAS GANANCIAS

Nada hacía imaginar a los hacendados y a las autoridades de Cuba de finales del siglo XVIII que su universo tranquilo y placentero, en el que el azúcar y los esclavos comenzaban a gestar grandes fortunas, se vería conmocionado por los acontecimientos de su vecina Saint Domingue. La colonia más rica del momento se vio envuelta en pocos años en una revolución en la que encontramos distintos actores, que en función de sus intereses económicos y su clase demandaron derechos muy diferentes. En un contexto colonial, de reivindicación de una mayor autonomía y de derechos políticos y fiscales, estallaron revueltas de los esclavos que en pocos años lograron por primera vez lo que parecía imposible en esos momentos: iniciar una revolución a manos de los ex-esclavos que clamaban por su libertad y por la creación de un país independiente. La rebelión de los esclavos, la abolición de la esclavitud en la Antillas francesas –proclamada por la Convención francesa en febrero de 1794–, la ocupación de Santo Domingo por los ejércitos del general haitiano Toussaint de Louverture y la concesión de la libertad de los esclavos en este territorio en 1801, la huida de muchos de sus habitantes a Cuba, Puerto Rico y Venezuela, o en 1804 la proclamación de Haití como Estado soberano –el primer Estado libre liderado y gobernado por

población negra y ex-esclava— significaron un cambio brusco y repentino no sólo en el concierto internacional, en la relación de fuerzas en América y en concreto en el Caribe, sino también en las mentalidades.

Ante la Revolución Haitiana las propuestas y medidas no se hicieron esperar. La cautela, la desconfianza y el miedo forjaron una política defensiva que se explicitó en la promulgación de órdenes y bandos que protegieran de los desórdenes, de los esclavos rebeldes o de los posibles invasores, que actuando por separado o de manera conjunta eran capaces de variar los destinos de los territorios españoles y de sus pobladores. También urgía amurallar las ciudades, construir fortalezas, reforzar baterías, crear núcleos poblacionales con colonos en las zonas menos pobladas y en las periféricas que, cercanas a las costas, sufrían el acoso de piratas y contrabandistas, que a la vez que representaban un continuo acoso al poder auspiciaban la existencia de una economía y un mercado paralelo al oficial. A la luz de los acontecimientos revolucionarios de Francia y de los protagonizados por los esclavos en Saint Domingue desde 1791, la lejanía de estas zonas fue un elemento importante en la estrategia política de las autoridades de Cuba al convertirse ahora también en lugares de fácil acceso para las ideas revolucionarias y sus hombres. La evidencia de que se aproximaba un tiempo nuevo en el que surgían formas diferentes de relacionarse hombres blancos y hombres negros, entre amos y esclavos, y en el que la población negra —esclava o libre— había comenzado a manifestar que tenía conciencia de sus derechos y aspiraba a reclamarlos y conseguirlos, causó tal incertidumbre y miedo entre las autoridades y la población que rápidamente se levantaron murallas y se estableció un cordón sanitario que impidieran la entrada y propagación de tales ideas y cambios. El miedo llegó a ser tan fuerte que la Revolución Haitiana, todos los hechos, anteriores y coetáneos a ésta que hemos anotado, se convirtieron en un mito que bajo el nombre de Haití cobró tal fuerza que por sí solo era capaz de evocar lo ocurrido o lo imaginado. Lo importante es que al calor de los acontecimientos, de los rumores, del miedo y de las noticias lo real o lo inventado tenían la misma fuerza y valor. La manipulación de los hechos reales o de los rumores sirvió no sólo para restar importancia y limitar la capacidad de rebelarse de la población de color, sino también para condicionar el destino de las últimas colonias y frenar sus posibles gritos de libertad (Geggus, 2002; Ferrer, 2005: 67-83).

Cada acontecimiento, cada hecho que evocaba a Haití hacía presente la revolución que allí se desató, y sin importar el paso de los años se siguieron manteniendo aquellas leyes surgidas tras 1791 como respuesta a esta

revolución y como medio de combatir y contrarrestar sus consecuencias en los territorios leales a España en donde existía una amplia población negra y esclava. No sólo se creyó ver tras las conspiraciones y rebeliones de esclavos de Cuba la llama de Haití, su poder desafiante continuó siendo combatido por las autoridades que, celosas del cumplimiento de las leyes, promulgadas en 1796, prohibían la entrada de hombres negros procedentes de otras colonias todavía en 1827¹.

Nada hacía prever a los hacendados cubanos y a las autoridades que la caída de Saint Domingue como principal zona productora de azúcar provocaría un cambio de rumbo tan importante en la historia de Cuba. Una historia que desde ese momento pasaría a estar marcada y vertebrada en torno al azúcar y a la esclavitud. La trascendencia de este hecho fue tal –tanto en la esfera económica como en la social, cultural y política– que condicionó el futuro político de la isla. Al calor de las calderas donde se producía el azúcar y se amasaban los capitales, se fue fraguando un mundo nuevo en el que los esclavos pasaron a ser los protagonistas. Unos protagonistas sin voz y con escasos derechos que sirvieron como instrumento para articular en gran medida la política colonial. Elemento de contención, de miedo y de ganancias, la esclavitud se presentó en todo momento como el factor del que dependía no sólo el fomento de la isla, sino su supervivencia. Frente a los esclavos, desde el miedo, se presentaba, y no tanto auspiciaba, la colonización e inmigración blanca. En este contexto (crecimiento económico, entrada masiva de esclavos africanos, miedo a la subversión del orden, revueltas de esclavos, o independencia de la América continental) nuestro objetivo en analizar cómo la colonización e inmigración blanca, los innumerables proyectos y debates que se gestearon a lo largo del siglo XIX, hasta la década de 1880, su suerte y en muchos casos su elaboración dependieron de la política colonial española. Colonos blancos y esclavos africanos fueron piezas de la política colonial que se fueron moviendo en función de su estrategia para mantener el apoyo de la elite insular, en un intento de salvaguardar los restos de su imperio.

La fuerte convulsión que representó Haití como imagen de nuevos tiempos, que anunciaban un sistema que echaba abajo las antiguas jerarquías

¹ El expediente relata la negativa de las autoridades de Cuba al desembarco en la ciudad de Cuba (Santiago) de un buque francés procedente de Santo Domingo en 1827 con pasajeros de color. El gobernador resaltaba en su informe que el elevado número de esclavos en la isla hacía recomendable que continuara la prohibición de admitir hombres de color que no procediesen de colonias españolas o bien fueran negros bozales. Archivo General de Indias, Sevilla (AGI), Estado, leg. 6369, carpeta 1, exp. 62.

sociales y hacía tambalear el poder de grupos e imperios, produjo efectos opuestos en Cuba. Si por una parte se quería impedir la propagación de las ideas de los ex-esclavos y se trataba de limitar la acción de la «gente de color», por otra se procedió a la introducción masiva de mano de obra esclava africana como medio para alcanzar los niveles de producción azucarera que el mercado demandaba tras la ruina de Saint Domingue. A la sombra del miedo, controlado y manipulado, la importación de esclavos africanos se convirtió en el principal negocio. El azúcar necesitaba mano de obra abundante y barata y los hacendados hicieron todo lo posible para conseguirla. Las ganancias sustanciosas que proporcionaba el azúcar –un mundo compartido por criollos y peninsulares– y los intereses políticos de una metrópoli que en pocos años contemplaría la pérdida de su imperio se combinaron en Cuba y Puerto Rico para hacer de ellas lugares inexpugnables de la soberanía española. A cualquier precio había que mantener dicha soberanía y el *statu quo* de sus elites (Hernández Sandoica, 1982, 1997: 115-132, y 2004: 23-45; Knight, 1990: 177; Bahamonde y Cayuela, 1992; Fradera, 1997: 189-316; Piqueras, 2003: 183-206)². Para ello, una de las armas más utilizadas a lo largo del siglo XIX fue el fantasma de Haití, la reproducción de los acontecimientos de Saint Domingue y las posibles rebeliones de esclavos que causarían la ruina de la colonia más próspera. Las amenazas, los miedos y los rumores sirvieron para mantener el control y limitar derechos a sus habitantes. Bajo esta amenaza se dictaron órdenes y leyes que restringieron los derechos civiles de los habitantes de las colonias para impedir que las ideas revolucionarias del continente americano se propagasen en Cuba tanto entre los blancos como sobre todo entre los pardos, mulatos y los negros esclavos (Knight, 1990)³. Con este fin,

² Una valoración de la política colonial española, de la influencia de los «lobbys» hispano-antillanos en el crecimiento económico y en la estabilidad política peninsular, así como de las divergencias que fueron surgiendo entre los criollos y la metrópoli que se hacen patentes después del Sexenio, o de la distancia cultural entre criollos y metropolitanos puede seguirse en las publicaciones citadas de Elena Hernández Sandoica y José Antonio Piqueras.

La excepcionalidad de las Antillas, la vinculación de las elites ultramarinas con las metropolitanas, la posición de las elites antillanas frente a la independencia y el papel decisivo de las elites antillanas en la conformación del Estado oligárquico español han sido analizados por diferentes autores como Bahamonde, Cayuela, Fradera, Piqueras, Hernández Sandoica y Knight.

³ Knight comenta que el factor más importante durante el siglo XIX en Cuba y Puerto Rico fue la configuración de una alianza entre las elites blancas, los hacendados azucareros y la metrópoli. Mientras que la esclavitud duró como un elemento imprescindible para la organización del trabajo y la producción del azúcar, los criollos se doblegaron a su metrópoli por el temor a una posible rebelión de la población de color. Esta situación y sentimiento de miedo fue explotada por el Gobierno español durante mucho tiempo.

por ejemplo, al finalizar el Trienio Liberal, en 1823 se prohibieron las reuniones y sociedades en las que anteriormente se permitía la discusión política⁴.

El azúcar, la política colonial, el miedo al negro y el reformismo cubano marcaron la trayectoria de la isla estableciendo las bases de un crecimiento y un futuro contra el que se rebeló el reformismo desde los años treinta del siglo XIX. Frente a estos reformistas se aliaron de manera exitosa la elite criolla y las autoridades metropolitanas –muchas de ellas implicadas en los negocios azucareros– con el fin de perpetuar la soberanía sobre la isla y mantener las pingües ganancias que producía la caña (Bergad, 1990; Tornero, 1996 y 2002; Lavallé, Naranjo y Santamaría, 2002: 151-300). Dicho pacto fue alimentado continuamente a través del miedo al negro y a un posible levantamiento de esclavos similar al ocurrido en Haití. El fantasma haitiano, su imagen proyectada sobre la isla como símbolo de terror, desolación y muerte fue instrumentalizado por las elites, peninsular y criolla, para mantener su poder y prerrogativas. Junto a ellas y frente a su visión del progreso y futuro de Cuba, el reformismo cubano ideó una forma diferente y propia. Un sentimiento nuevo en cuanto a su identidad y su isla fue creciendo en un sector de hombres liberales que a lo largo del siglo fueron fraguando un proyecto político que evolucionó desde posiciones más conservadoras a la independencia.

Las autoridades coloniales tuvieron que navegar entre unos y otros. La salvaguarda de sus intereses frente a la oligarquía azucarera y a los reformistas marcó en muchos momentos la política colonial y, en concreto, la política de colonización. Mantenido como principio, como necesidad prioritaria para defender el territorio, fomentar el país y controlar el avance numérico y cultural de la población de color, en muchos períodos simplemente se redujo a un principio, un enunciado cargado de ideología pero sin contenido. En este ambiente de miedo y terror, y a la vez de pujanza económica, se idearon grandes proyectos de reconocimiento del territorio entre cuyos resultados encontramos propuestas de fundación de ciudades y asentamiento de colonos blancos. Pero, si bien estos proyectos de colonización formaban parte de las propuestas emanadas por el reformismo, la Revolución Haitiana introdujo nuevos contenidos y, junto a las ideas propiamente ilustradas, emergió con fuerza la necesidad de poblar la isla con colonos blancos (González-Ripoll, Naranjo, Ferrer, García y Opatrný, 2004).

⁴ AGI, Estado, leg. 6368, carpeta 1, exp. 50

El poder del azúcar en Cuba en los siglos XIX y XX forjó unos estereotipos sociales y culturales y unos cánones historiográficos que se perpetuaron más allá de la realidad económica pujante que ésta impuso. A la sombra del temor a rebeliones de la población de color que alterasen el *statu quo* se gestó la plantación y la sociedad esclavista, que hizo posible la especialización económica de Cuba. Pese a ello, los proyectos diversificadores y reformistas nunca desaparecieron y cobraron fuerza con cada una de las crisis de las exportaciones. Junto con los frutos que ellos fueron dando, se desarrollaron en la isla actividades productivas y de servicios destinadas a satisfacer las necesidades básicas de la población y de los ingenios, que provocaron un aumento de la demanda de trabajo, así como de la entrada de inmigrantes.

A pesar de que el azúcar ha sido el centro de atención, en las últimas décadas la historiografía se ha preocupado por estudiar otras realidades sociales, culturales y económicas derivadas algunas de ellas del azúcar y otras situadas a sus márgenes. Las investigaciones aquí presentadas nos ofrecen una visión más diversificada y menos monolítica del país y de la sociedad. *Más allá del azúcar* analiza diferentes aspectos que atravesaron la historia cubana durante más de dos siglos como fueron el blanqueamiento, la colonización, la diversificación económica, la puesta en marcha de las llamadas «industrias menores», la modernización de la agricultura, entre otros.



DOCE
CALLES